

Electo Presidente de la Suprema Corte el Sr. González Ortega, por el voto de trece diputaciones contra el de siete que obtuvo el Sr. Ogazón, hizo la protesta el 4 de Junio, un día antes de que se presentara en México D. Juan Antonio de la Fuente. En la costa del Pacífico también crecían los motivos de malestar, pues en Guaymas desembarcó de la escuadra inglesa, el 2 de Mayo, un grupo de marineros armados para impedir el embargo que la autoridad judicial iba á hacer en la casa de D. Juan A. Robinson, por adeudo de contribuciones; de esa casa era socio el mexicano D. Tomás Robinson, diputado á aquella Legislatura; al cual, después de acusado, le declaró el Congreso suspenso en sus derechos de ciudadano y sometido al tribunal competente.

La retirada de los franceses á consecuencia del fracaso de Puebla, fué una calamidad para las poblaciones; los oficiales exigían alojamientos; algunos soldados, después de haber bebido y comido en las tiendas, se marchaban diciendo: "Napoleón paga;" abrían á balazos las puertas de las casas cuyas familias estaban ausentes. Influyó en la conducta de los soldados franceses, la escasez de víveres y de toda clase de elementos; iban á las haciendas y se tomaban lo que querían; no faltaron incendios de fincas y se veían ruinas en las haciendas del Potrero, Encinal, San Cayetano y la Peñuela, en las que el ganado se había acabado; los pasajeros sufrían requisiciones y vejaciones; algunos comerciantes que cerraron sus establecimientos al emitir Almonte el papel-moneda, fueron conducidos á la cárcel. El nuevo orden de cosas no encontraba en Córdoba empleados para las oficinas, pues era muy corto el círculo de D. Vicente Salcedo, adicto á la Intervención.

El ejército mexicano, bajo las órdenes del general Zaragoza, estaba escalonado en el camino de San Agustín del Palmar á Acultzingo. Cerca de este pueblo se situó el general Tapia en observación, en la parte baja de las Cumbres, disponiendo de dos cuerpos de caballería de San Luis y de Morelia; su objeto era observar los movimientos de la numerosa fuerza de Márquez, quien trataba de reunirse á los franceses. En las primeras horas de la mañana recibió noticia el general Tapia, el 18 de Mayo, del movimiento verificado por Márquez, que desembocaba con sus caballerías en Barranca Seca, á seis leguas de Orizaba; al instante se puso en marcha para batirlo. El terreno forma una especie de embudo, con un ancho de media legua, cercado de montañas inaccesibles y con estrecha salida del lado de Orizaba, al grado de no dejar en ciertos lugares paso sino para un jinete; la posición toda está dominada por una colina; por tan difícil sendero avanzaron las fuerzas de Márquez; allí les dió alcance el general Tapia con sus fuerzas poco numerosas y encontró á las de Márquez en el fondo de la barranca, formadas en batalla. A las nueve de la mañana comenzó el tiroteo; y en tanto que Tapia pedía refuerzos al general Negrete, Márquez los solicitaba de los franceses; á las cuatro de la tarde recibió el primero mil cien infantes, de los que una parte penetró al sendero y comenzó de nuevo la lucha; la otra parte quedó guardando las salidas.

Sabedor el general Zaragoza que las fuerzas de Márquez, en número como de dos mil hombres, iban por sendas escabrosas de Tehuacán á la sierra de Orizaba

con objeto de incorporarse á los franceses, dispuso que la brigada de caballería mandada por D. Antonio Alvarez, avanzara hasta Acultzingo, y que colocándose la división Negrete desde Cerro-Gordo al Puente Colorado, procurara impedir á aquellos el descenso de la Sierra. La brigada Alvarez fué la primera que se encontró con los reaccionarios.

El 17 de Mayo, á la una de la tarde, llegaba la fuerza de Márquez al rancho del Potrero, que está al pie de la áspera montaña por donde descendía, luchando con todas las dificultades del terreno y debilitados por la falta de alimento, pues dos días llevaban de no comer sino pencas de nopal silvestre. En aquel punto supo Márquez que el ejército francés estaba acampado en la hacienda de Tecamalucan, y ordenó al jefe D. Domingo Herrán que reuniera allí la fuerza y esperase instrucciones. Márquez siguió para Orizaba deseoso de hablar con Almonte, conferenció con los franceses en Tecamalucan, mandó desde este lugar orden á Herrán para que avanzara, y saliendo de Orizaba en la mañana del 18, se dirigió al encuentro de los suyos. Al llegar á Barranca Seca, punto donde se reune el camino de las Cumbres con el del Potrero, halló formadas frente á frente, á tiro de fusil, á sus tropas y las liberales que descendían de las Cumbres de Acultzingo. Herrán mandaba la derecha de su línea y cubría el punto por donde pasa el camino principal; Vicario el centro y el coronel D. José Campos la izquierda; así cubrían la marcha de las fuerzas que aun estaban saliendo de la montaña.

En esa situación se pasó la mayor parte del día, sin que ninguna de las dos líneas se moviera de su puesto, verificándose solamente escaramuzas entre los tiradores, hasta cerca de las cinco de la tarde, en que se observó movimiento en las tropas del general Tapia; atacaron éstas el centro de las de Márquez con tanto valor y decisión, que lograron penetrar en la línea mezclándose ambas fuerzas en la más encarnizada lucha, que terminó con la presencia del 2º batallón de infantería francesa, del 99, que había hecho una rápida marcha de cinco leguas al mando de su comandante Lefevre; sin pérdida de momento entró en combate la guerrilla de vanguardia, rompiendo el fuego sobre el ala izquierda de los liberales, que ya en el campo de los reaccionarios se batían con las fuerzas de Vicario, quien en esos momentos recibió una herida; otra parte de los franceses, haciendo un cuarto de conversión sobre la derecha, se posesionó del puente del camino colocándose así entre los dos campos, y media compañía fué á reforzar á los que estaban en el combate del centro; el resto del batallón francés cargó sobre la derecha del general Tapia. La lucha continuó sangrienta, pero les fué preciso á las fuerzas juaristas ceder el terreno á sus contrarios; todavía apareció una columna que batió con bizarría á los que querían emprender la persecución de los vencidos, y allí decidió también el combate la columna francesa, lo mismo que aconteció en el ala derecha mandada por el jefe Herrán. Márquez dijo en el parte oficial que dirigió á Almonte, que habían quedado mil doscientos prisioneros de infantería y caballería, de ellos veinticuatro jefes y oficiales; una bandera tomada por el batallón del 99

y muchos fusiles, mosquetes, lanzas, parque y demás; atribuyó á esa acción la retirada de las fuerzas de Zaragoza para el Palmar; recomendó á los jefes Agustín Zires, José María Herrera y Lozada y Antonio Taboada, habiendo ido éste hasta el Ingenio por la infantería que decidió el combate.

Se hizo notar la bizarría del general Tapia, que había estado en observación desde la mañana con una fuerza de caballería cerca del lugar por donde Márquez debía salir al camino carretero; y después de recibir refuerzo de más de mil infantes, acometió á las de Márquez; haciendo pasar parte de su fuerza la Barranca Seca, cortó la retirada á los que se habían adelantado. Una hora llevaban de batirse con furor; conocía Márquez cuán necesario le era mantenerse firme hasta la llegada del socorro esperado, y sabía Tapia que era preciso derrotar á su enemigo antes de que un auxilio francés comprometiera el éxito y pudiera traerle una derrota. Márquez veía á sus tropas ceder por todas partes, cuando de pronto, entre el ruido de los disparos, oyó al clarín del batallón Lefevre, del 99, mandando que cargaran las dos columnas compuestas cada una de tres compañías. La primera se lanzó en la dirección de la altura, franqueó la barranca y atacó á la bayoneta; la segunda ascendió, bajo un fuego muy nutrido, las pendientes rocallosas de un estribo en el que el general Tapia apoyaba su derecha y lo desalojó de allí. A favor de ese doble movimiento ejecutado con rapidez y vigor, cargó Márquez sobre las tropas de Tapia que habían ya cejado, y acabó la derrota; á las seis y cuarto la acción había terminado, quedando de las fuerzas de Tapia cien muertos y doscientos heridos, gran cantidad de prisioneros y una bandera; el batallón 99 tuvo dos muertos y veintiséis heridos; de los de Márquez, hubo una pérdida considerable.

Cuando á las cinco aparecieron los franceses divididos en columnas y se apoderaron de la colina y de las salidas del sendero, la lucha tomó un carácter mas acentuado; poco ruido hizo la fusilería; fué un combate cuerpo á cuerpo, al arma blanca; los franceses se batían con furia y los mexicanos lidiaban con valor. El general Tapia perdió en ese combate la mitad de sus tropas; las de Márquez decidieron la batalla; tuvieron bajas enormes los franceses y tan sólo la noche puso fin á aquella horrible carnicería; los mexicanos se retiraron á las posiciones que ocupaban en la mañana; y los franceses, con las fuerzas de Márquez, se dirigieron á Orizaba, fortificada para resistir al grueso de las tropas que, al mando del general Zaragoza, avanzaron hacia Acultzingo el día 19, después de haberseles incorporado una nueva brigada de Oaxaca, fuerte en mil ochocientos hombres.

La unión de los franceses con las fuerzas de Márquez, cerró la retirada á la brigada del general Tapia y por necesidad hizo sangrienta la batalla; á las cinco de la tarde la victoria se había inclinado al lado de los juaristas. El campo quedó abandonado, levantándolo al día siguiente las guerrillas, que recogieron multitud de armas, mochilas, chacós y hasta instrumentos de música de los franceses; éstos se presentaron hasta después de las doce, á sepultar los cadáveres

de los suyos solamente. Allí cayó prisionero el coronel T. Tuñón Cañedo enviado después á tratar con Zaragoza el canje de prisioneros.

A las ocho de la noche dejaban las posiciones los franceses y establecían su campamento á las once en Tecamalucan, conduciendo los heridos. La lucha del 18 de Mayo había sido tan ruda, que estaba el campo de los vencedores hundido en profundo silencio, interrumpido tan sólo por los centinelas. En la mañana del siguiente día llegó Laurencez á socorrerlos con una columna ligera de las tres armas, temiendo que al amanecer fueran atacados por las fuerzas mexicanas; pero no fué así, y las de Márquez, que precedían á los franceses, entraron al Ingenio y á Orizaba sin ser inquietadas; no porque estuvieran lejos las fuerzas del general Zaragoza, sino porque esperaba éste que se le unieran las que conducía González Ortega, para obligar á los invasores á dejar á Orizaba y arrojarlos á las tierras cálidas, en las que estaba con alguna tropa el general La Llave, al cual se le encargó que redoblara su energía y vigilancia, para cortar las comunicaciones de los franceses con Veracruz, atacando y quemando los convoyes, haciendo saltar los puentes y estrechando á los destacamentos para que permanecieran el mayor tiempo posible en la región del vómito y de las fiebres perniciosas. Ya el general La Llave había interceptado las comunicaciones entre las tropas francesas y Veracruz, siendo esta la causa de que en ese puerto se hubiera estado algún tiempo en la más completa ignorancia de lo que había pasado en Puebla, y que Laurencez ignorara los ataques dados por las guerrillas hasta en la misma plaza de Veracruz, así como los estragos que en la guarnición de este puerto había hecho el vómito, habiendo perecido catorce oficiales y ciento ochenta marineros, en un efectivo de seiscientos hombres. Tres correos indígenas que se habían ofrecido á llevar billetes dirigidos al capitán Roze, habían sido ejecutados sumariamente por las guerrillas. En cuanto á Roze, nada había podido intentar, porque únicamente contaba con la caballería de Gálvez, situada en la Tejería para defender el tramo de la vía férrea, y tampoco quiso exponer sola sobre el camino de Orizaba la sección de Stecklin, ingeniero suizo á quien Laurencez había autorizado para que organizara guerrillas.

Al regresar de la derrota de Puebla procuró Laurencez restablecer sus comunicaciones con el mar y comisionó para ello al comandante Hennique, de la infantería de marina, quien partió para el Chiquihuite al frente de mil quinientos hombres con cuatro piezas de artillería; desalojó de aquella posición al general La Llave, reparó los puentes destruidos y dejó allí dos batallones. En Córdoba, el Potrero y el Fortín, puso destacamentos de las fuerzas de Márquez. Entonces quedaron restablecidas las comunicaciones con Veracruz y se pudo conducir dinero para pagar la compra de abastos. Preocupaba á los franceses la dificultad de proveerse si las lluvias impedían el paso de los convoyes y las guerrillas acababan con lo poco que podía haber en los alrededores de Orizaba, pues de los terrenos altos nada se dejaba bajar, al grado de haber estado próxima la absoluta falta de harina.

El general La Llave había ocupado el cerro del Chiquihuite con seiscientos cincuenta hombres, á los que agregó la compañía del capitán Aguilar; esperaba ser atacado por el lado de Veracruz; pero los franceses se presentaron por el de Córdoba y esto originó que se levantaran algunas obras pasajeras en el Atoyac, cuyo puente fué quemado; al atacar los franceses el día 24, fueron recibidos con serenidad y sufrieron pérdidas de consideración; pasan el río el día siguiente, y entonces mandó quemar La Llave el puente del Chiquihuite. Teniendo que abandonar la posición seguido por sus contrarios, se marchó para Huatusco. A consecuencia de estos sucesos y de varias acusaciones, fué llamado La Llave á desempeñar su encargo de magistrado de la Suprema Corte. Ocupado el Chiquihuite por los zuavos, le fueron enviados al general Douay, recién llegado á Veracruz, carros para que pudiera moverse hacia Orizaba, con las fuerzas que pudo reunir en Veracruz. En el campo francés había subido el precio de la carga de harina á setenta pesos, la de maíz á veinticinco, la papa á cincuenta y la libra de carne á dos reales.

El 16 de Mayo arribaba á Veracruz el general Douay con trescientos soldados. Esta fuerza, con la sección de Gálvez y algunos marineros, salió el 19 para Orizaba con objeto de auxiliar á Laurencez, amenazado por las tropas de Zaragoza. Douay venía precedido de una gran reputación militar, adquirida en las campañas de Africa, Crimea é Italia. Condujo á Orizaba el convoy de cuarenta y siete carros, llevando enfermos á muchos de los soldados que con él desembarcaron, y entraba á Orizaba hasta el 10 de Junio, precisamente cuando las guerrillas acababan de destruir en las tierras calientes un convoy de municiones, matando á la escolta, de la que apenas escaparon unos pocos.

Llegaba á México mandando los primeros refuerzos enviados en la primavera de 1862 y vino á ser, según el parecer de Bazaine, el primer personaje del ejército francés; su valor, su mérito, atraían sobre él la atención, por ser también uno de los oficiales preferidos de Napoleón III, con el que llevaba las más íntimas relaciones. Douay, cuya ambición era conocida, cuando vió á los dos generales en jefe promovidos al mariscalato, aspiró á una recompensa semejante, y para ello dejó comprender á los príncipes Maximiliano y Carlota, que si quedaba de general en jefe del ejército expedicionario, seguiría para con el Imperio mexicano una conducta distinta á la de Bazaine. Douay, poseído de grandes aspiraciones, se creyó siempre más apropósito para mandar el ejército francés, que sus superiores Forey y Bazaine; consideró muy inferior á Laurencez, y no cupo duda en que le adornaban eminentes cualidades como militar.

Grandes dificultades encontraban los franceses para comunicarse con Veracruz, apareciendo en condición de sitiados. El coronel Hennique, de acuerdo con Márquez, salió de Córdoba el 26 de Junio con cuatro compañías de marina, el segundo batallón del 2º de zuavos, dos pelotones de cazadores de Africa y una sección de ingenieros; encontraron cien carros vacíos abandonados y regresaron con ciento ochenta que ya estaban cargados y que Márquez había conducido. Sa-



*Carlota María Amalia Clementina
Leopoldina.*

Hija de Leopoldo I, rey de los belgas, nacida el 7 de Junio de 1840, se casó enamorada con el príncipe Maximiliano de Austria. Soñadora como su esposo, entusiasta por las grandes empresas revelaba sus inmensas aspiraciones en la profundidad de sus miradas. Fué la mano de que se valió el destino para levantar el efímero segundo Imperio en México; allanó las dificultades con que tropezaron las negociaciones en Viena y París, teniendo siempre presente, como su más bello ideal, ceñir una corona y consumir alguna grande empresa. Cuando Maximiliano sintió desfallecer su voluntad en la obra colosal de establecer un Imperio á las puertas de la gran República de América, ella lo sostuvo y animaba; al sentir su impotencia, oír que cruzaba y ver que se derrumbaba el fragil edificio en que tenía sus ilusiones, perdió la razón.